



# EL NACIMIENTO DE LA IGLESIA

EQUIPO DE  
REFLEXIÓN TEOLOGICA

CURSO LATINOAMERICANO DE CRISTIANISMO 12

# EL NACIMIENTO DE LA IGLESIA

## INTRODUCCION: LA IGLESIA NO NACIO POR DECRETO

### 1. — COMUNIDAD Y TRABAJO

- La llegada del reino y la correspondencia al reino
- La comunidad, señal y fermento del reino
- ¿Cómo vivir en el mundo sin ser del mundo?
- El trabajo como instrumento del Espíritu
- Dar de lo producido por uno es darse
- Jesús como trabajador e hijo de obrero

### 2. — EVANGELIO Y CULTURA: CRISTIANISMO Y JUDAISMO

- Primeras tensiones
- Apóstol de los gentiles
- Religión y cultura

### 3. — LOS PRIMEROS CRISTIANOS Y EL PODER CIVIL

- Tres instantáneas
- La Carta a los Romanos
- El Apocalipsis
- La Herencia

### 4. — LOS PRIMEROS CRISTIANOS Y LA MORAL: ¿VINO NUEVO EN ODRES VIEJOS?

- Odres viejos
- Vino nuevo
- Odres nuevos

### 5. — ESTRUCTURAS EN LA IGLESIA

- La base al poder
- Hacia el centralismo
- En búsqueda

## CONCLUSION

# LA IGLESIA

## NO NACIO POR DECRETO

Error común a detractores y defensores del cristianismo suele ser la idealización de la Iglesia primitiva. Para los primeros la revolución interior y el comunismo primitivo habrían sido liquidados por una jerarquía que, al concentrar en sí el poder y pactar con el Imperio, habría matado el Espíritu. Para los segundos la Iglesia actual sería la heredera legítima y genuina de los primeros cristianos. Para unos sólo habrían quedado excepciones del pasado fervor; para otros los abusos nunca habrían logrado empañar la continua fidelidad de los usos. Para unos, la decadencia; para otros, la continuidad. Para todos, una primera edad de oro del cristianismo. Según esta manera de ver las cosas el proceso vendría después; al comienzo se estaría en el instante: un tiempo continuo y lleno. El Espíritu transparentaría de un modo inmediato. Las mediaciones vendrían después.

Nosotros tampoco vamos a negar aquí el carácter único de aquel momento en que los discípulos se quedan tristes y solos, y la experiencia ulterior de que Jesús vivía y los enviaba, como él fue enviado, a anunciar el reino de Dios que de algún modo ya había comenzado. Fue una experiencia irrepetible y de ahí nació efectivamente la Iglesia. Pero ¿cómo nació la Iglesia?

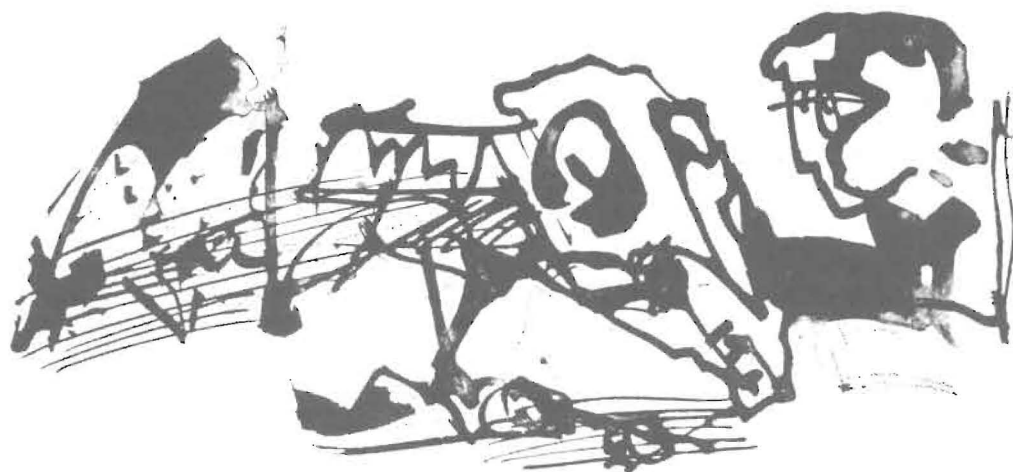
A nosotros se nos enseñó que Cristo había fundado la Iglesia. La Iglesia en la que nacimos nos parecía una roca fija frente al embate de los siglos. Ni el tiempo ni el lugar hacían mella sobre su figura monolítica. Por eso los esquemas a través de los que nuestra sensibilidad captaba la realidad de la Iglesia nos llevaban a concebirla naciendo madura, perfecta y acabada, sin mancha y sin arruga del costado de Cristo.

Desde esta percepción no resulta fácil imaginar que la Iglesia también tuvo infancia. La dificultad de entenderlo tiene que ver también con la tendencia, natural en toda institución y muy acusada por cierto en la Iglesia, de sacralizar cada uno de los resultados de prolijas evoluciones. El proceso queda en la penumbra y cada elemento parece prefijado por los designios eternos de Dios.

Por ejemplo, todos sabíamos que Jesús no hablaba latín, pero cuando el sacerdote se inclinaba sobre el pan para pronunciar solemnemente la consagración todos sentíamos como que se pronunciaban las mismísimas palabras de la última cena. Por eso cuando con el Concilio comenzaron en la misa las lenguas vernáculos quedó intocada por cierto tiempo como último reducto la fórmula de la consagración. Es que, se decía, lo accidental puede variar, pero lo esencial es inmutable. Y todos sobreentendíamos que lo esencial era, pues casi todo. Pero una vez iniciado, el movimiento se aceleró. Muchas personas descu-



brían horizontes nuevos, en otros cundió la alarma y en la mayoría la sensación de que el piso se movía más de lo que uno hubiera sospechado. Se había entrado por una lógica, por un camino y no se veía el fin. Nadie quería separarse de la Iglesia, nadie quería ceder a modas, todos buscaban mantenerse fieles; pero los que descubrieron el sentido radicalmente histórico de esta fidelidad se sentían llevados más allá de sí.



Algo parecido a la liturgia aconteció con el derecho canónico, con la disciplina eclesiástica y con los mandamientos de la Iglesia. Fue un acontecimiento histórico aquella sesión del Concilio en que el anciano patriarca Máximos IV, representante de una de las Iglesias más venerables, se paró en el aula para preguntar si tenía algún sentido que la Iglesia de Jesucristo obligara y obligara bajo pecado. Verdaderamente recordaba a san Pablo increpando a los gálatas o a los colosenses: "¿quién les engañó para que abandonaran el evangelio de la libertad?". Pero no pocos de los padres conciliares quedaron estupefactos por tal propuesta. ¿Acaso la disciplina eclesiástica no es algo sagrado? ¿No la refrenda la autoridad de Dios? ¿La Iglesia no tiene verdadera potestad y jurisdicción para imponer cargas y quitarlas? Es que nada menos que todo esto se ponía en cuestión.

Y ya no sólo era el problema de las leyes de la Iglesia. Hubo cristianos que se preguntaron ¿qué significa propiamente eso de los mandamientos de la ley de Dios? ¿Es verdad que las especificaciones actuales que aprendimos en los catecismos y en los libros de moral vienen desde el comienzo de la creación? ¿Se remontarán al menos hasta Moisés y hasta Cristo? Muchos lo negaron de plano. Y lo argumentaron. Es más, se despolvoró seriamente aquella declaración paulina: "todo está permitido". No existe, pues pregunta moral. El problema sería ver en cada situación lo que más conviene. Pero ¿con qué criterio?: la construcción de la fraternidad humana. Fueron muchos miles los libros, artículos y sermones que durante varios lustros se volcaron desesperadamente para invalidar no sólo estos planteamientos sino su discusión en la Iglesia. Si caía la inmuta-



bilidad de la ley divina ¿qué quedaría de la majestad, de la inmutabilidad de Dios? Y los otros respondían: ¿qué quedó de ellas cuando Dios se hizo hombre?

Parecida discusión planteó el problema de la libertad religiosa. Pero, ¿es que Dios no ha revelado la religión verdadera? ¿No es patente que ella es la Iglesia católica? ¿Tendrá derechos el error? Y otros cristianos respondían repitiendo a San Pablo: "En Jesús, el Mesías, no hay judío ni gentil".

Pero tal vez el deslizamiento más notable tendría que ver con la ubicación política de los cristianos. Los cristianos nacimos en el siglo XX como gente de orden. Creíamos que las instituciones económicas, sociales y políticas formaban parte de algún modo del orden de la creación. Siempre habría fallos que corregir pero ¿pensar en revolucionarlas? Lo sentíamos algo así como una pretensión prometeica, satánica. ¿Qué quedaban de esas exhortaciones de San Pedro y San Pablo, tan repetidas por nuestra jerarquía, acerca del sometimiento a las autoridades como a Dios mismo? Pero otros cristianos replicaban con el Apocalipsis: El cristiano no puede arrodillarse ante la Bestia política ni llevar su marca. Entonces ¿habría contradicción en la Biblia? ¿Qué hacer? ¿Y por qué motivos?

Son demasiadas preguntas. Y no tratamos ahora de darles respuesta. Pero sí quisiéramos contribuir a encontrar la perspectiva adecuada para plantearlas. Y creemos que pensar históricamente es absolutamente imprescindible para lograrlo.

Por eso quisiéramos referirnos a la procesualidad de la Iglesia. Es éste un dato adquirido respecto a la comprensión de Jesús, y sin embargo no lo es aún en lo que toca a la Iglesia. Hay aquí sin duda planteado un problema cultural. Pero se da también la resistencia inconsciente que ciertos cuerpos de funcionarios oponen a reconocerse relativos, no originales y necesitados por tanto de justificar con la práctica eficaz su pervivencia.

De estas preocupaciones arrancan estos apuntes sobre cómo fueron surgiendo posturas, formulaciones, instituciones en la primitiva Iglesia. De este modo se verá claro que el objetivo que buscaron estos hermanos nuestros al realizarlas —es decir la consecución del reino— las mide y las traspasa, les da valor y las relativiza. Ese mismo objetivo, que compartimos, ha de establecer hoy un juicio similar sobre nuestras formulaciones, planes y estructuras.



# COMUNIDAD Y TRABAJO

## LA LLEGADA DEL REINO Y LA CORRESPONDENCIA AL REINO

Jesús anuncia el Reino de Dios. Dios quiere establecer una comunidad con los hombres. Para eso él se adelanta a cancelar cualquier deuda, toda enemistad, toda diferencia. Dios viene como gracia. Esa es una noticia buena, la mejor noticia que se puede dar. Se nos invita al banquete de las bodas de Dios con los hombres. ¿Quién rehusará? Sería un necio el que pensara que tiene entre manos algo más importante.

Esta iniciativa de Dios pide una correspondencia. El que comprende esta propuesta de Dios ¿qué hace? Ponerse en el mismo tono, en la misma actitud: Perdonar las deudas, suprimir las diferencias, compartir con los pobres, amar a los enemigos. Esta es la actitud que toma Jesús y así hace presente con su vida el reino que anuncia con su palabra. De este modo se constituye en hijo de Dios.

El pueblo lo sigue entusiasmado y personas de toda condición aceptan esta propuesta y se convierten a sus hermanos como Dios se ha convertido a ellos. Sin embargo hay personas que se oponen: los ricos, los poderosos, las autoridades, los que se tienen por justos. El trato que Jesús propone no les parece ventajoso. Prefieren tener a Dios a raya con su cumplimiento de la ley y con sus limosnas; prefieren tener a los hombres lejos en una sociedad jerarquizada, discriminadora, en la que ellos ocupan los primeros puestos y se hacen llamar Bienhechores.

Jesús se admira de su ceguera y de la dureza de sus corazones. No comprenden el momento histórico que atraviesan. Abraham, Salomón, la reina de Saba, los patriarcas y los profetas hubieran querido vivir este momento y estos pobres ricos, estos justos empedernidos lo desprecian. Y no sólo no entran ellos al reino sino que prohíben e impiden a otros entrar. Intimidan al pueblo, excomulgan a los seguidores de Jesús y *"los fariseos se pusieron a planear con los herodianos el modo de acabar con Jesús"* (Mc. 3, 6).

Ante esta sociedad que lo rechaza, Jesús mantiene con su palabra y con su vida la proposición de Dios. Dios sigue llamando a los hombres a una comunidad de amor en la que sean superadas ofensas y discriminaciones. Por lo tanto Jesús sigue curando enfer-

mos, liberando oprimidos, iluminando a los desorientados, solidarizándose con los despreciados. Cuando el ordenamiento social niega la hermandad, cuando los invitados al banquete de las bodas de Dios y la humanidad se excusan y le dejan a Dios solo con la mesa puesta Jesús mantiene su evangelio. En la contradicción la gracia se vuelve liberación: lucha a muerte contra los poderes opresores que impiden que se haga realidad el reino. La polémica fue encarnizada, pero breve. Jesús sucumbió a manos de los que no querían ni un Dios cercano ni un mundo compartido. El pueblo, impotente, contempló en la cruz una gran esperanza muerta. Y los seguidores de Jesús, la muerte de su fe: *"lo crucificaron ¡y nosotros que esperábamos que él fuera el liberador de Israel!"* (Lc. 24,21).

Pero Jesús resucitó. Los discípulos son testigos. Si ha empezado la resurrección es que ya estamos en los últimos tiempos. Jesús vendrá pronto y comenzará el reino de Dios. Por eso en los discípulos renace la urgencia del maestro: ¡Conviértanse! ¡No dejen pasar este tiempo de gracia! Dios ya nos ha cancelado la deuda ¡hagamos lo mismo nosotros con los prójimos! Dios nos ha amado primero, por lo tanto ¡amémonos unos a otros! así se realizará en nosotros su amor a plenitud.

## LA COMUNIDAD, SEÑAL Y FERMENTO DEL REINO

Pero la situación no cambia. Y los seguidores de Jesús deben mantener el evangelio en el seno de una situación social que lo niega. La realización que intentará hacer presente el evangelio será la comunidad. El mundo no ha creído en el amor de Dios, pero si nos amamos unos a otros ese amor se irá realizando. Por eso pensaron que el reino de Dios era como una semilla pequeña, insignificante, pero que crecerá hasta dar cobijo a todos.

De este modo poco a poco la proposición de Jesús, pública, política, tendiente a un cambio urgente y global se va convirtiendo en un mensaje y un espíritu transmitido a grupos que esparcidos acá y allá serían el fermento para que a su tiempo cambiara toda la sociedad.

De todas las maneras persistía el convencimiento de que "no pasará esta generación sin que todo esto suceda" (Mt. 24,34). Aún Pablo, por el año 50, se consideraba entre los que todavía estarían vivos cuando viniera el Señor (1 Tes. 4,15). La misma convicción del fin inminente leemos en Pedro (1 Pe. 4,17) y en Santiago (5,8) y hasta el texto tardío del final de Juan llegan los rumores sobre el destino del apóstol: "Si quie-

ro que se quede aquí hasta que yo vuelva, ¿a ti qué te importa?" (21,22).





La noche pasa, ya llega el día; por lo tanto los discípulos deben vigilar para que no los sorprenda la llegada del Señor. En este contexto se comprende la recomendación de Pablo de que cada uno permanezca en el estado en que fue llamado. El fin está cerca ¿para qué distraerse con esas preocupaciones menores? Esas preocupaciones serían importantísimas en la cotidianidad, pero si se está en los últimos tiempos, pueden estorbar para lo único importante. Sólo desde esta perspectiva se justifica, p. ej., el consejo de que es mejor la soltería que el matrimonio.

De este modo se configuraron como signo y levadura comunidades cristianas para vivir de un modo vigilante y fecundo en este tiempo de la espera. *"Es que ha llegado el momento del juicio. El final de todo está cerca, por tanto, calma y sobriedad; y sobre todo mantengan el amor mutuo, practiquen la hospitalidad, y las dotes que cada uno ha recibido, úselas para servir a los demás como buenos administradores de la múltiple gracia de Dios"* (cf. 1 Pe. 4,17-10). Estas amonestaciones de Pedro configurarían el ideal de la comunidad de Jerusalén: *"En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucha eficacia; todos ellos eran muy bien vistos, porque entre ellos ninguno pasaba necesidad, ya que los que poseían tierras o casas las vendían, llevaban el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno"* (Hech. 4,32-35). Ahí está, a modo de alabanza y recomendación, el caso de Bernabé: *"tenía un campo y lo vendió; llevó el importe y lo puso a disposición de los apóstoles"* (Hech. 4,37). Por eso nadie pasaba necesidad, *"partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón, siendo bien vistos de todo el pueblo"* (Hech. 2, 46-47).

## COMO VIVIR EN EL MUNDO SIN SER DEL MUNDO

Sin embargo, el fin se demora. En estas comunidades polarizadas por lo único necesario cunde la ansiedad y el desánimo. Lo almacenado se gasta. Las preocupaciones por la vida se vuelven más y más perentorias. Y surgen cada vez más frecuentes los problemas: *"Los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea; decían que en el suministro diario descuidaban a sus viudas"* (Hech. 6,1). En Tesalónica, con eso de que el fin está a la puerta, había gente ociosa (1 Tes. 5,14) *"muy ocupados en no hacer nada"* (2 Tes. 3,11). Había cristianos que robaban como modo de vida (Ef. 4,28). Otros grupos más bien pensaron que ya habían resucitado (2 Tim. 2,18). La exaltación entusiástica de las asambleas sería el signo de que ya eran hombres nuevos. La consecuencia: se vivía por encima del bien y del mal. Todo está permitido: la fornicación, el comer de los sacrificios paganos o el hartarse y emborracharse afrontando al que nada tiene. Otras comunidades se buscaban sus protectores, honraban a los ricos para que ellos aportaran sus limosnas. Santiago se alza contra estas discriminaciones: *"¿No son los ricos quienes los oprimen?"* (2,6) y se dirige a los jefes de las asambleas: *"Ustedes están afrontando a los pobres"* (id). Y a los ricos: *"Lloren a gritos, porque se están cebando para el día de la matanza"* (5, 1,5). Y a los pobres: *"Refuercen el ánimo que la venida del Señor está cerca"* (5,8). Y a todos: *"Idólatras ¿no saben que la amistad con el mundo es hostilidad contra Dios?"* (4,4).

De todas las maneras, si es necesario vivir ¿cómo no entrar en tratos con el mundo? En un mundo que rechaza la buena nueva de Dios cada vez resulta más difícil hacerla presente con un modo nuevo de vida. La actitud misericordiosa y amorosa y las

relaciones sociales gratuitas y abiertas chocan con la actitud y las relaciones sociales vigentes y en el choque es casi inevitable que desaparezcan o se deformen. Estas primeras generaciones marcharán entre la necesidad de mostrar al mundo la honorabilidad del cristianismo, con el peligro consiguiente de abandonar su novedad, y la necesidad de mantener a toda costa incontaminada la novedad de vida, con lo que el sectarismo resulta sociológicamente casi inevitable. ¿Cómo vivir en el mundo sin ser del mundo?

## EL TRABAJO COMO INSTRUMENTO DEL ESPÍRITU

La comunidad de Jerusalén no logró resolver satisfactoriamente el problema; su comunismo primitivo se agotó pronto. Al centrarse en la distribución y el consumo, olvidando la producción, se convierte en miseria compartida que, aun sufrida con paciencia, engendra pesimismo, tristeza y obstinación.

Será el genio de Pablo el que práctica y teóricamente ponga el principio de solución. El par de conceptos, que él trabaja inagotablemente, carne-espíritu no designaría como en la filosofía griega dos clases de seres sino dos actitudes: está en la carne el que vive para sí, está en el espíritu el que se abre al hermano. Esto quiere decir que nada es profano —la sexualidad, las relaciones sociales, lo económico... Todo es permitido. Aunque no todo conviene. No conviene lo que implica absolutización del yo o desprecio al hermano. Conviene lo que edifica la comunidad, todo tipo de servicio. Conviene lo que hace de muchas individualidades un solo cuerpo, una persona social en la que se realiza lo peculiar de cada uno en el servicio común.

Y ante todo, como base imprescindible de la comunidad, el trabajo. Ese es su testamento solemne cuando se despidió de Efeso:

"No he deseado dinero, oro ni ropa de nadie; ustedes saben por experiencia que estas manos han ganado lo necesario para mí y mis compañeros. En todo les he hecho ver que hay que trabajar así para socorrer a los necesitados, acordándonos de las palabras del Señor Jesús: 'Hay más dicha en dar que en recibir' " (Hech. 20, 33-35). Y eso se repetirá en la carta a los efesios recogiendo su legado: "El ladrón, que no robe más; mejor será que se fatigue trabajando honradamente con sus propias manos para poder repartir con el que lo necesita" (4, 28).

## DAR DE LO PRODUCIDO POR UNO ES DARSE

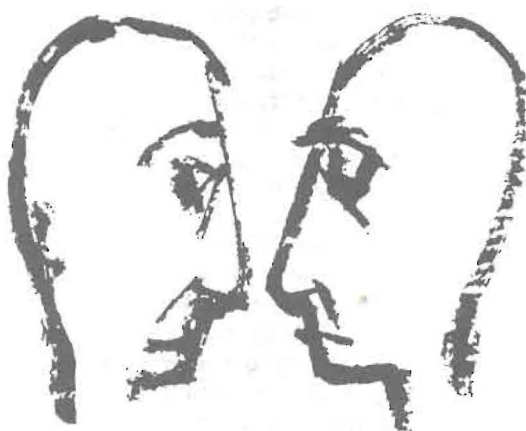
El trabajo pasaría así a constituirse en principio de comunidad. Para compartir, hay que producir. La comunión de las rentas no es la comunión cristiana. El cristiano da de su propia vida, de las obras de sus manos. Sólo así la comunión es signo pleno de amor.

Ese es el camino de Jesús que "siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza" (2 Cor. 8, 9). No hubiera sido signo de amor el que el salvador hubiera venido como un Dios infinito para hacernos participar de sus tesoros inagotables. El salvador es Jesús, que vino como un hombre del pueblo, que no nos pudo dar como Moisés pan del cielo, sino tan sólo su cuerpo y su sangre, su vida, sus trabajos y fatigas, su compasión, su fidelidad, las obras de su amor.

Ni compartir una abundancia no producida —eso sería gracia barata— ni consolar-se con una pobreza resignada —eso sería opio del pueblo. El camino de Jesús es amor creador que saca realidad de la carencia y amor liberador que vence los obstáculos y lucha contra las opresiones. El Padre trabaja y yo trabajo. Ese es el camino del hijo de Dios. Ser hijo no es ser consumidor infantil de la fortuna del padre sino responder al amor creador del Padre haciéndose cargo respon-



sablemente de los hermanos más pequeños para que todos crezcamos a plenitud.



Así se comprende que al hablar a los tesalonicenses del cariño de hermanos que se deben tener y que ya se tenían, Pablo los exhorta a progresar en él poniendo todo su ahínco en *"ocuparse de sus asuntos y trabajar con sus propias manos según nuestras instrucciones"* (1 Tes. 4, 11). Esta será la doctrina que un discípulo sistematizará magistralmente en la segunda carta a los tesalonicenses: *"Hermanos, estas son nuestras instrucciones en nombre del Señor Jesús el Mesías: Retráiganse de todo hermano que lleva una vida ociosa y no sigue la tradición que recibió de nosotros. Bien saben ustedes en qué forma hay que seguir nuestro ejemplo: estando con ustedes no estuvimos ociosos, no comimos el pan de balde a costa de alguien, sino con fatiga y cansancio, trabajando día y noche para no serles gravoso a ninguno. Y no es que no tuviéramos el derecho de hacerlo, pero queríamos presentarnos ante ustedes como un modelo que imitar, pues cuando estábamos ahí les dimos esta norma: el que no quiera trabajar, que no coma. Es que nos hemos enterado que algunos de su grupo viven en la ociosidad, muy ocupados en no hacer nada; a éstos les mandamos y recomendamos, en nombre del Señor Jesús el Mesías, que trabajen pacíficamente*

*y así ganen para comer. Por su parte, hermanos, no se cansen de hacer el bien, y si alguno no hace caso de lo que decimos en la carta, señálenlo con el dedo y háganle el vacío para que se avergüence"* (3, 6-14).

El trabajo aparece como precepto del Señor. El que no trabaje, que no coma. Toda relación social que se establezca para que unos hombres eludan el trabajo y vivan parasitariamente queda así descalificada. Incluyendo la relación religiosa. Porque esta es una permanente tentación del sacerdote. Y Pablo tiene siempre especial interés en señalarla y establecer así la diferencia entre su espíritu y el de otros que, presentándose con apostura hierática y un cúmulo de prescripciones, bajo capa de piedad encubrían la explotación económica. Pero no sólo se trataría de no ser gravoso a nadie sino de hacer así —a costa del trabajo propio— el bien a los demás.

## JESUS COMO TRABAJADOR E HIJO DE OBRERO

De este modo se recupera lo que en la vida de Jesús había funcionado como presupuesto. En un determinado momento de su vida Jesús se dedica exclusivamente a anunciar y hacer presente el reino de Dios. Pero eso no lo hace Jesús desde la superestructura de una institución religiosa con sus mecanismos de exacción económica. La predicación del reino no se realiza desde la seguridad material, desde la posición del explotador que por su carácter parasitario, por su lejanía del trabajo productivo llega a creer que el pan, la vivienda o el vestido son cosas naturales y debidas, siempre a la mano. Jesús vivió toda su vida como un trabajador y lo mismo sus colaboradores. Su predicación se realiza en la pobreza y en la inseguridad. Ellos saben que el pan que reciben o la casa que les hospeda son fruto de muchas manos



humanas. Y por eso pueden apreciar sencillamente esos dones que reciben como realizaciones del reino; porque saben que compartir lo que uno produce es sacramento de amor.

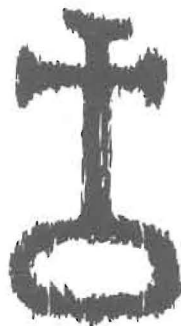
Por eso en su predicación "Jesús, como Yahveh en el AT, toma títulos y comparaciones del mundo del trabajo: pastor, viñador, médico, sembrador (Jn. 10, 1s; 15,1; Mc. 2,17; 4,3), y lo hace sin la sombra de la condescendencia del *Eclesiastés*, tan típica del intelectual, con el trabajo de las manos, su necesidad y sus límites (Eclo. 38, 32s); no sólo presenta el apostolado como un trabajo, el de la siega (Mt. 9, 37; Jn. 4, 38) o de la pesca (Mt. 4, 19); no sólo está atento al oficio de los que escoge (Mt. 4, 18); sino que con todo su comportamiento supone un mundo en trabajo, el labrador en su campo (Lc. 9, 62), la mujer de casa con su escoba (15,8), y considera anormal dejar enterrado el talento sin hacerlo fructificar (Mt. 25, 14-30). (X. Leon-Dufour: *Vocabulario de teología bíblica*, Ed. Herder, Barcelona 1972, pg. 906).

Y este presupuesto del trabajo era para Jesús irrenunciable. Por ser trabajador e hijo de obrero es despreciado en su tierra y por los jefes. Y Jesús nunca trata de disimular esta condición. Por el contrario la asume y esta solidaridad de clase funciona en él como el punto de vista desde el que se juzga el legalismo de los fariseos o el comercio de los sacerdotes o la falsa filantropía de los que dominan. Desde las relaciones sociales en que estaba encuadrado por su posición en la producción fue capaz de comprender lo difícil que resulta que un rico se convierta al reino, y cómo estas cosas, encubiertas para los intelectuales de status, han resultado patentes para los pobres.

## RESUMIENDO

Resumiendo diríamos que el reino de Dios es la comunidad de Dios con los hombres. Dios lo ofrece gratuitamente y para ello

cancela toda cuenta pendiente. La actitud humana correspondiente sería el abolir toda discriminación y establecer un mundo fraterno. Así nos hacemos hijos de Dios. Esta es la buena nueva de Jesús. Pero este evangelio no es aceptado por los que se creen ya suficientemente bien y juzgan por eso mala cualquier novedad. Estos impiden a toda costa la transformación del mundo. Esta actitud lleva a la condena injusta y a la muerte de Jesús. Pero frente al mal Dios mantiene su propuesta. Esta proclama la resurrección de Jesús. Por eso piden la conversión a esta buena nueva reconfirmada por Dios. Pero este evangelio no es aceptado sino minoritariamente. Surgen así las comunidades como signos y embriones de este mundo nuevo. La comunión de vida lleva a la comunión de bienes. Pero la posesión en común no se basa en un principio en el trabajo sino en la liquidación de los patrimonios y la puesta en común de los haberes. Estas decisiones se basan en la convicción del fin inminente. Pero ante la demora de la parusía esta situación se vuelve insostenible. Será Pablo el que insista en que el trabajo es la base de la comunidad. Y esto no sólo por un simple realismo sino también porque el dar cristiano es precisamente darse. Y darse es ante todo dar lo producido por uno, lo que uno hace y en lo que se le va la vida.



Este trabajo sería así la sustancia del servicio, esa actitud fundamental de Jesús. Con esta práctica pudo Pablo vencer susceptibilidades y celos, desenmascarar falsos apóstoles y socorrer a la comunidad madre de Jerusalén, salvando mediante este don de amor una comunión bastante deteriorada.

De todas formas este espíritu sólo muchos siglos después descubrirá todas sus potencialidades. En tiempo del NT por de

pronto "la interpretación de la Escritura y la predicación pastoral fijan una línea de doctrina espiritual según la cual el cielo es la patria y la tierra es el destierro. Apoyado en los temas apocalípticos, el sentimiento general es que, al fin de los tiempos, una ruptura violenta marcará el paso del mundo a la bienaventuranza definitiva. El mundo es sólo un andamiaje provisional; la tierra perecerá con todas las obras que encierra (2 Pe. 3, 10) (Sacramentum Mundi, Ed. Herder, Barcelona 1976, pg. 767).

## EVANGELIO Y CULTURA: CRISTIANISMO Y JUDAISMO

Propiamente hablando el cristianismo no nació con Jesús de Nazareth. Desde el punto de vista religioso Jesús era un judío. Su mensaje entroncaba con las tradiciones y promesas del Antiguo Testamento. Sus oraciones y peregrinaciones siguen los ritmos del calendario judío. Hasta muchos de sus puntos de vista culturales, por ejemplo su convencimiento de la preeminencia de Israel ante los ojos de Yahveh, son rasgos típicamente judíos.

Por otra parte su actitud y sus palabras suponían una reformulación radical de muchas corrientes religiosas del judaísmo contemporáneo. Privilegia por ejemplo las actitudes proféticas de libertad y denuncia ante la tradición, y se distancia en cambio de la perspectiva legalista (fariseos) y de las imposiciones del clan sacerdotal (saduceos). Este distanciamiento y enfrentamiento llegaron a tal punto que, como sabemos, provocaron la detención y ejecución de Jesús.

Pero ni siquiera esta ejecución hizo a los primeros seguidores de Jesús abandonar su judaísmo. Si escuchamos los primeros discursos de los apóstoles, tal como aparecen en el libro de los Hechos, comprobaremos que el destinatario de la mayoría de ellos es todavía el pueblo judío: "Judíos y vecinos todos de Jerusalén" (2.14); "Israelitas" (3. 12); "Jefes del pueblo y senadores" (4.9). El objetivo de estos discursos era de nuevo convertir al pueblo de Israel para que apro-

vechara esta segunda ocasión que se le daba de aceptar a Jesús como Mesías. Por eso en ellos el relato de la muerte aparece rodeado de atenuantes: "Hermanos; sé que lo hicieron por ignorancia, y sus jefes lo mismo" (3.17). Jesús era el Mesías de Israel, y el hecho de aceptar su camino no implicaba cambiar de religión.

Así lo mostraban los primeros seguidores de Jesús no sólo con sus palabras sino también con su ejemplo. "A diario frecuen-



taban el templo en grupo... siendo bien vistos de todo el pueblo" (2.46-47).

Todavía varios años más tarde, cuando ya las señales de la división comenzaban a hacerse profundas e irreversibles, un observador externo veía las discusiones de judíos y cristianos como luchas internas. Para el procurador romano Festo, en las acusaciones de los oficiales judíos contra Pablo "se trataba de ciertas controversias con él acerca de su propia religión y en particular acerca de un difunto llamado Jesús, que Pablo sostiene que está vivo" (25.19).



Adivinamos en este hecho un interesante rasgo del cristianismo primitivo. Para los primeros seguidores de Jesús la fe en él no constituía una nueva religión. Era más bien un estilo de vida. Es imposible volver atrás el reloj de la historia y hacerlo girar en otra dirección, pero cabe pensar que de no haberse deteriorado tanto las relaciones entre judíos y cristianos, hasta terminar en declaraciones mutuas de excomunión, el cristianismo no se hubiese revestido nunca de elementos tales como el culto, la ley y la dogmática que lo convirtieron en una religión más. Lo que distinguió al principio a los cristianos no fue el cumplimiento de unas

leyes y la asistencia a unos ritos propios, sino la adhesión a una persona y la continuación de un camino que se consideraba salvador.

## PRIMERAS TENSIONES

Claro que esto mismo tuvo también sus inconvenientes. Al vivir de prestado en lo religioso y en lo cultural, el cristianismo se vio pronto ante el peligro de identificar lo substancial con lo accidental y de instaurar inconscientemente una división en su propio interior. Los de raza y tradición judía serían los cristianos de primera mientras que los demás terminarían por ser absorbidos o discriminados.

Los primeros brotes del conflicto surgen con la comunidad helenista de Jerusalén. "Al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea; decían que en el suministro diario descuidaban a sus viudas" (Hechos 6. 1-2). Las diferencias y partidismos llegaban ya por entonces hasta el reparto de limosnas. Por el momento se solucionó el problema eligiendo a siete auxiliares (en griego, diáconos) de la comunidad helenística que participaran también en la distribución de los bienes.

Pero las diferencias no se calmaron. La misma actitud de los griegos no siempre ayudaba. Contrasta por ejemplo la delicadeza de Pedro cuando habla de la muerte de Jesús con la virulencia del diácono Esteban: "¡Rebeldes, infieles de corazón y reacios de oído! Siempre resisten al Espíritu Santo, lo mismo que sus padres. ¿Hubo un profeta que sus padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, y a él lo han traicionado y asesinado ustedes ahora; ustedes que recibieron la Ley por mediación de ángeles y no la han observado" (Hechos 7.51-53). De hecho, poco después de pronunciar estas palabras Esteban moría apedreado. Se le acusaba de hablar contra el Templo y la Ley judías. El primer mártir



cristiano era ya víctima de un complejo proceso en el que se entremezclaban lo político, lo cultural y lo religioso.

La división atacó pronto a las mismas columnas del cristianismo. Los dirigentes no estaban de acuerdo sobre el camino a seguir. Los más estrictos se aglomeraron en torno a Santiago, pariente cercano de Jesús y jefe de la comunidad de Jerusalén. Estos creían que el cristianismo debía continuar las leyes discriminatorias judías respecto al trato con extranjeros y consideraban a los nuevos convertidos como prosélitos. Si querían ser bautizados tenían que aceptar regulaciones tales como la circuncisión y el rechazo de determinados alimentos que los judíos consideraban impuros. El jefe de la fracción más abierta era Pedro. Tenía en contra el hecho de ser galileo (Santiago era judío), pero contaba en cambio con la gran ventaja de haber sido de lo más destacados seguidores de Jesús (Santiago no pertenecía al grupo de los doce). El era partidario de abrir el cristianismo a los no judíos respetando sus propias tradiciones culturales.

Las dificultades primeras surgieron con los romanos que se convertían. En un país ocupado, como Palestina, la guarnición extranjera era muy numerosa ¿Había que ceerrarles a todos ellos la admisión al cristianismo? El libro de los Hechos nos habla del escándalo que se formó cuando en una ocasión Pedro bautizó a un tal Cornelio, capitán de la compañía itálica en Cesarea. "Cuando Pedro subió a Jerusalén, los partidarios de la circuncisión le reprocharon: -Has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos" (11.3). Pedro se excusó apoyándose en una visión del cielo que le había movido a actuar de esa manera. Se le creyó y por esa vez el asunto no pasó de allí.



## APOSTOL DE LOS GENTILES

El problema alcanzó dimensiones insospechadas cuando un fariseo convertido y con cualidades extraordinarias (Saul de Tarso bautizado como Pablo) se declaró apóstol de los gentiles y abandonó prácticamente la zona judía a los demás apóstoles para inventar y experimentar un nuevo modo de vivir el cristianismo al margen de las tradiciones judías.

Desde entonces no cesaron las suspicacias y aun las acusaciones mutuas. Pablo creyó que alejándose del centro evitaría muchos de los roces, pero por sus cartas vemos que esto no fue así. Quien lea con detención sus autodefensas verá que se dirigen a menudo no a los judíos sino a los cristianos pro-judíos, a los que predicaban otro Jesús: "Les ruego hermanos que se pongan de acuerdo y no haya bandos entre ustedes... Me refiero a eso de que cada uno por su lado ande diciendo 'Yo estoy con Pablo, yo con Apolo, yo con Pedro, yo con Cristo' ¿Está el Mesías dado en exclusiva?" (1 Cor 1.11-13). "Hay algunos que les alborotan tratando de darle la vuelta a la buena noticia del Mesías" (Gálatas 1.7).

El episodio culminante de este proceso tiene lugar hacia el año 50 cuando Pablo y los demás se reúnen en Jerusalén para tratar de encontrar una solución común. La discusión debió ser violenta y encendida. La peor parte la llevó Pedro que trataba de hacer de intermediario entre las dos corrientes sin definirse claramente por ninguna. Pablo se le enfrentó violentamente (Gálatas 2.11-21) y la decisión final fue bastante favorable a Pablo. "Hemos decidido por unanimidad -decía la carta- no imponerles más cargas que las indispensables" (Hechos 15. 28-29).

Pero las desconfianzas y suspicacias no cesaron. Al final de su tercera jira por las iglesias de los Gentiles Pablo, al llegar a Jerusalén, tuvo que hacer un voto público en el templo para congraciarse con la fracción judía, pues como le diría Santiago: "Ya ves

*cuántos miles de judíos se han hecho creyentes, pero todos siguen siendo fanáticos de la Ley. Por otra parte han oído rumores acerca de tí... A ver qué hacemos"* (Hechos 21.20-22).

Allí se acabó lo que sabemos de las actividades de Pablo. Al día siguiente, cuando estaba cumpliendo su visita al templo, se formó una revuelta en la que tuvo que intervenir la guardia romana para que no lo lincharan. A petición suya fue enviado a Roma para ser juzgado por un tribunal imperial. Probablemente fue absuelto,<sup>7</sup> pero pocos años después murió decapitado en la persecución de Nerón, en la que también acabó crucificado Pedro. Esto ocurrió hacia el año sesenta y cinco.

El futuro de los dos grupos cristianos quedó definido por las circunstancias políticas del momento. Al principio les había ido mucho mejor a los pro-judíos. La muerte de Esteban desató una fuerte persecución contra los helenistas (Hechos 8.1) que tuvieron que huir mientras que los apóstoles permanecían tranquilamente en Jerusalén. El peor momento para los pro-judíos vino hacia el año 62 cuando el sumo Sacerdote hizo ejecutar a Santiago. Pero los judíos lamentaron siempre este suceso (cosa que no ocurrió cuando ejecutaron a Jesús). Según nos cuenta el historiador Flavio Josefo eran muchos los que estaban convencidos de que la terrible guerra que por aquellos años se desató contra Jerusalén era efecto de la matanza del justo Santiago (los cristianos en cambio lo atribuyen al hecho de que se hubiese matado a Jesús).

Aquella guerra fue una de las más crueles y sanguinarias de la historia romana, y exigió el empeño de dos futuros emperadores (Vespasiano y Tito). Pero las fuerzas eran muy desiguales. Jerusalén, tras ser sitiada por varios meses, fue arrasada y destruida el año 70. Los judíos fueron dispersados por todo el mundo y desde entonces hasta mediados del s.XX dejó de existir el Estado de Israel.

Dentro del cristianismo la fracción pro-judía perdió todo su poder. Es impresionante recorrer en este sentido la colección actual de libros del Nuevo Testamento. De los veintiséis libros que lo componen trece se atribuyen a Pablo y otro le dedica más de la mitad de sus capítulos. La desproporción es tan enorme que no han faltado nunca acusaciones de que más que Jesús el fundador del cristianismo es Pablo. Apreciación exagerada, pero que indica hasta qué punto este último ha influido en la evolución posterior del cristianismo.

## RELIGION Y CULTURA

Podría parecer que todo esto tiene muy poco que ver con nuestra forma actual de ver y vivir el cristianismo. Pero existen aquí muchos elementos que van a reaparecer una y otra vez a lo largo de la historia.

El primero es la tentación de identificar a éste con una cultura determinada. En aquel tiempo esta cultura era la judía. Más tarde fue la romana y más tarde aún la llamada cultura occidental. Latinoamérica es un ejemplo palpable de esta mentalidad. Se destruyó la cultura precolombina para implantar una forma española de ver la vida. Se condenó como idolatría las formas animistas de compenetrarse con la naturaleza. Se despreciaron como superstición costumbres cuidadosamente transmitidas. Parecería que el momento actual nos ha hecho abandonar posturas intransigentes y nos ha abierto a la asimilación de fenómenos culturales diferentes. Pero esto es sólo una verdad a medias. Bastaría, por ejemplo, escuchar el desprecio con el que se etiqueta como concubinato al compromiso popular público de convivencia que no ha sido refrendado por la ley civil y la eclesiástica.

Otro rasgo de la Iglesia primitiva que no hay que pasar por alto es su división. A distancia de siglos es fácil y rentable trazar una imagen idílica de la Iglesia primitiva.



Allí todo habría sido comprensión y respeto filial a unos apóstoles unánimes en su fidelidad al evangelio. La realidad es mucho más compleja y estimulante. Cuando aún el recuerdo de Jesús estaba vivo, ya sus seguidores discrepaban sobre la forma en la que había que interpretar aquel fenómeno. En aquel momento, lo mismo que en nuestros días, no cabía invocar la solución de la obediencia a las autoridades, porque eran estas mismas autoridades las que discrepaban también en puntos muy importantes. La diferencia fundamental estaba en que un grupo atribuía mucha más independencia y creatividad al Espíritu de Jesús que sus contrarios.

portunista de la tradición; alianza táctica con círculos que pueden tener puntos de vista diferentes en otros campos, pero que están igualmente interesados en mantener la situación inmutable.

Claro que el precio que pagó Pablo para extender el cristianismo entre los círculos en que se movía no fue tampoco pequeño. En circunstancias históricas difíciles para los judíos tenidos como revoltosos, resultaba casi imposible extender la aceptación de un preso político condenado por las autoridades romanas como subversivo. Pablo no va a renegar de la cruz de Cristo; por el contrario, más de una vez dirá que se gloria en ella.



Siempre ha habido y habrá en la Iglesia un grupo conservador (representado aquí por Santiago y la fracción judía), que obstaculizará sistemáticamente las iniciativas exigidas por nuevas circunstancias históricas y que utilizará para ello métodos ambiguos: manejo de emisarios que minen la credibilidad de quienes propalan nuevas ideas; invocación o-

Pero de hecho la vacía de su significado histórico. En él ya no aparecen las causas históricas de la muerte de Jesús. El drama del calvario es el desenlace de una trama prefijada fuera del mundo y de la historia. Sus efectos cósmicos, si por una parte lo universalizan, por otra parte también lo difuminan. En este sentido el cristianismo pro-judío fue



mucho más consecuente con la aceptación de las implicaciones socio-políticas del evangelio. Perdió y fue arrasado junto con su pueblo, pero se supo conservar fiel a esas implicaciones hasta el final. No hay que olvidar este importante detalle cuando hoy se lee el Nuevo Testamento. Sin negarle su carácter de revelación es necesario interpretarlo en su contexto histórico. De hecho refleja preferentemente la perspectiva de Pablo que es inseparable de su trayectoria como cristiano. Por eso nos encontramos con la paradoja de que sus escritos sean culturalmente progresistas ("Ya no hay más judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer" Gálatas 3.28), y políticamente conservadores ("Sométase

todo individuo a las autoridades constituidas" Romanos 13.1).

El cristiano hoy no podrá escapar de la tensión entre estos dos extremos. Una brújula que le ayude para orientarse podría ser el aceptar hasta las últimas consecuencias su fe en la encarnación de Dios en la historia y el poner consecuentemente al hombre como centro de la religión. "El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado" (Marcos 2.27). Siempre que se ha trastocado esta relación la religión ha terminado por ser una carga inhumana, en vez de constituirse en buena nueva de liberación.

## LOS PRIMEROS CRISTIANOS Y EL PODER CIVIL

### TRES INSTANTANEAS

La primera de Pedro, hacia el año 30. La segunda de Pablo, antes del año 60. La tercera de Juan, después del año 90.

Nos descubrirán la actitud de los primeros cristianos ante el poder civil. Veremos que no lo buscan, ni lo temen, ni lo combaten sistemáticamente. Su preocupación fundamental será continuar la presencia de Jesús, que dio su vida para la salvación de la mayoría.

Respetarán el poder civil cuando éste no dificulte su tarea. Pero cuando se les oponga, no cederán a sus presiones. El Espíritu de Dios no está encadenado.

### LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES

"Viendo los jefes del pueblo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos. Sabían también que habían sido compañeros de Jesús. Los llamaron y les prohibieron terminantemente hablar y enseñar sobre la persona de Jesús. Pedro y Juan les replicaron:

— ¿Puede aprobar Dios que les obedezcamos a ustedes en vez de a él? Júzguenlo ustedes. Nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído.

Con nuevas amenazas los soltaron. No encontraban manera de imponerles un castigo, por causa del pueblo" (Hechos de los Apóstoles 4, 13-21).

Y más adelante se repite:

"El sumo sacerdote los interrogó:

- ¿No les habíamos prohibido formalmente enseñar en nombre de éste? En cambio, han llenado Jerusalén de su enseñanza y quieren hacernos responsables de la sangre de ese hombre.

Pedro y los apóstoles replicaron:

- Hay que obedecer a Dios ante que a los hombres' (Hechos de los Apóstoles 5, 27-30).

Jesús consagró su vida al anuncio y comienzo del Reinado de Dios entre nosotros. No un reinado como los demás, de desigualdades y privilegios, de opresiones y justificaciones. Sino un reinado al servicio de los menos favorecidos.

Jesús no buscó el poder civil. Lo rechazó expresamente cuando se lo ofrecían.

Pero su actitud ante él nunca fue de sumisión. La autoridad de Herodes le tiene sin cuidado (Lucas 13,32). Recoge la tradición del Exodo que desacraliza al faraón y la tradición de los Profetas que cuestionan a los reyes. "Lo que es del César devuélvanselo al César, y lo que es de Dios, a Dios" (Marcos 12,17).

No trazará un programa político. No nos dirá qué es del César. Nos corresponde a nosotros determinar qué es de los Césares y qué es del pueblo.

Pero no permitirá que el César exija una sumisión absoluta. Y así su posición resulta política. De oposición, para ser más claros. De subversión, si lo examinamos a fondo. "Desbarata los planes de los arrogantes, derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos" (Lucas 1, 51-53).

Históricamente puede resultar difícil determinar quién fue la primera persona que pronunció esas palabras que el Evangelio pone en boca de María. Pero lo que para nosotros es indudable es que los editores fueron los primeros cristianos. Que encontramos reflejada ahí la fe de aquéllos en los que seguía vivo el Espíritu de Jesús.

Esa tradición de libertad, de cuestionamiento del poder, de enfrentamiento a los poderes del mal, es la que continúan Pedro y los primeros cristianos.

Por eso la autoridad los pondrá presos, los azotará, les prohibirá mencionar el nombre de Jesús, los pasará a cuchillo, los perseguirá. Esos cristianos como que no parecían gente de derecha.

## LA CARTA A LOS ROMANOS

"Sométase todo individuo a las autoridades constituidas. No existe autoridad sin que lo disponga Dios y, por tanto, las actuales han sido establecidas por él. En consecuencia, el insumiso a la autoridad se opone a la disposición de Dios y los que se le oponen se ganarán su sentencia.

De hecho, los que mandan no son una amenaza para la buena acción, sino para la mala. ¿Quieres no tener miedo a la autoridad? Sé honesto y tendrás su aprobación". (Romanos 13, 1-4).

¿Cómo se puede explicar esto con lo que hemos dicho anteriormente?

El gas dilata los recipientes flexibles, se adapta a los rígidos y puede hacer estallar algunos. La revelación de Dios actúa con las culturas como el gas con los recipientes. Dilata unas, se adapta a otras, y puede hacer estallar algunas.

Hay rasgos culturales más rígidos que recipientes. San Pablo sabía perfectamente que Cristo había roto las barreras entre judíos y extranjeros, esclavos y libres, varones y hembras (Gálatas 3,28). Y, sin embargo, en varias de sus cartas siguen esas barreras de la esclavitud y el antifeminismo.

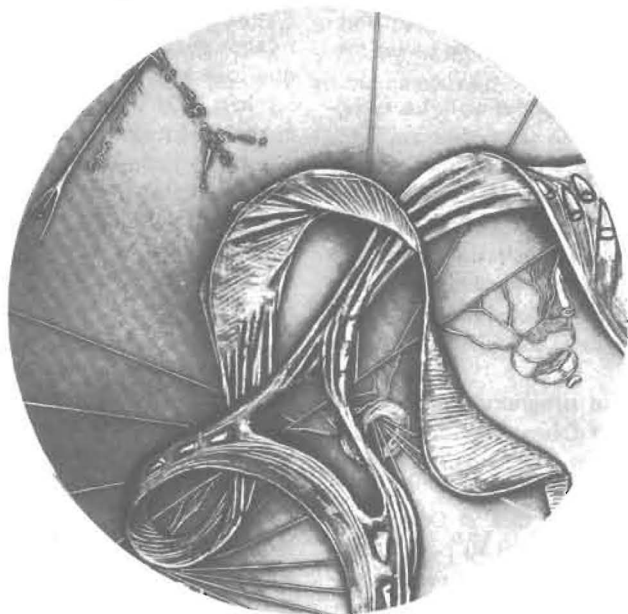
Algo semejante pasa con las autoridades. Se busca el entendimiento, se cree posible la convivencia. El cristianismo debe aparecer como religión lícita, permitida en el Imperio Romano. Todavía faltan experiencias históricas que hagan estallar esa convicción.

Comprendamos la situación histórica de Pablo. Escribe esta carta a los Romanos entre los años 57 y 58. Son los primeros años del emperador Nerón, que comenzó siendo apreciado por el pueblo. Se vive en la paz romana establecida por Augusto, sucediendo a períodos tormentosos de guerras civiles e internacionales. Pablo ve en esas autoridades romanas un buen instrumento al servicio del bien común. Habla de la obligación de conciencia de pagar los impuestos.

sea concreto y se viva a un nivel social, no puramente individual. Y lo extiende a las autoridades, a quienes supone al servicio del bien de la mayoría.

Las frases tienen algunos elementos relativizantes: "en cuanto sea posible", "por lo que a ustedes toca". No se desconoce la parte que corresponde a los demás en esa coexistencia pacífica.

Algo semejante se aplica a la autoridad. A algunos les gustará la conclusión:



Fijémonos en el contexto de ese pasaje. Se está hablando del amor al prójimo y de la convivencia. "A nadie le quedan debiendo nada, fuera del amor mutuo, pues el que ama al otro tiene cumplida la Ley" (Romanos 13,8). "Procuren la buena reputación entre la gente, en cuanto sea posible, y por lo que a ustedes toca, estén en paz con todo el mundo" (Romanos 12, 17-18).

Pablo quiere que ese amor al prójimo

"Sométase todo individuo a las autoridades constituidas". Pero no les convencerá el principio: "No existe autoridad sin que lo disponga Dios". Ese Dios aparece detrás de la autoridad apoyándola pero también poniéndola en su lugar, al servicio de lo bueno. Apoyando la función. Pero cuestionando al funcionario que la descuida. A Pablo le faltan experiencias comunitarias que dejen clara la distinción, una posible división. Pero esas experiencias no tardarán en llegar.



## EL APOCALIPSIS

Para muchas personas, el Apocalipsis es el libro del misterio, de los enigmas incomprensibles, extraños, tipo la película "La Profecía".

Muchos cristianos están descubriendo el Apocalipsis como el libro de la persecución, del enfrentamiento, de la sangre.

*"Vi al pie del altar, con vida, a los asesinados por proclamar la palabra de Dios y por el testimonio que mantenían; clamaban a grandes voces:*

*— Tú, el soberano, el santo y leal, ¿para cuándo dejas el juicio de los habitantes de la tierra y la venganza de nuestra sangre?"* (Apocalipsis 6, 9-10).

Nos faltaría espacio para transcribir todos los pasajes del Apocalipsis que hablan de una persecución a muerte contra los cristianos (Apc. 2,10; 7, 14-17; 8, 3-5; 11, 7-13. 18; 12, 10-11.17; 13, 7.10-11; 16,6; 17,6; 18,24; 20,4; 21,4).

¿Quién es el perseguidor? El Apocalipsis no necesita descubrirlo, lo conoce perfectamente y puede aludir a él con los nombres más diversos: el monstruo rojo de 7 cabezas y 10 cuernos (Apc. 12,3), la serpiente antigua, Satanás, el seductor (12,9), la Bestia con 7 cabezas y 10 cuernos (13,1), la otra Bestia con 2 cuernos (13,11; 16,13), el falso profeta al servicio de la Bestia (16,13; 19,20; 20, 10), Satanás, el monstruo, la serpiente (20,2), la Prostituta (17,1).

*"Ven acá, voy a mostrarte la sentencia de la gran prostituta que está sentada al borde del océano... Vi que la mujer estaba borracha de la sangre de los consagrados y de la sangre de los testigos de Jesús... Las siete cabezas son siete colinas donde está asentada la mujer, y siete reyes... La mujer que viste es la gran ciudad, emperatriz de los reyes de la tierra"* (Apc. 17, 1.6.9.18).

El perseguidor es Roma, la ciudad de la siete colinas, la emperatriz de los reyes

de la tierra, la de las persecuciones de Nerón y Domiciano.

El Apocalipsis es de los libros del Nuevo Testamento en que más aparece la sangre. Pero no la sangre de los sacrificios rituales y de Cristo que los sustituye, como en la Epístola a los Hebreos. Sino la sangre de los mártires, de los cristianos que dan la vida por sus hermanos, como Cristo, el Cordero de Dios, la había dado por nosotros (Apc. 1,5; 5,9; 7,14; 12,11; 6,10; 14,20; 16,6; 17,6; 19,2.13).

Los cristianos aparecen de nuevo como ciudadanos molestos, cuestionadores del poder que quiere ser absoluto. Y la lucha va para largo. Durará más de dos siglos.

Mientras tanto la fe cristiana se irá extendiendo entre los esclavos y los estratos más bajos de la sociedad. Irá adquiriendo un poder que Constantino tratará de capitalizar para su causa a la hora de apoderarse del mando.

## LA HERENCIA

El poder civil se unirá al poder eclesiástico durante muchos siglos. Las autoridades defenderán la institución eclesiástica. Y los clérigos recordarán muchas veces la sumisión a las autoridades. No faltarán excepciones que confirmen la regla.

Una valiosa excepción entre nosotros será Juan Germán Roscio, de la gloriosa generación de la Independencia. En su libro "El triunfo de la libertad sobre el despotismo" desenmascarará el uso —el abuso— de la Biblia para inculcar la sumisión incondicional a la autoridad. "Todo movimiento popular, o el de aquellas personas capaces de salvar al pueblo de la opresión, será meritorio y glorioso, todas las veces que se encamine a romper el yugo de la tiranía, a recobrar la independencia y libertad nacional, a librar de su angustia y trabajo al inocente, a vindicar

el ultraje de las leyes fundamentales de la sociedad".

El gobierno nazi logró que bastantes cristianos de uno de los países más ordenados del mundo —el alemán— descubrieran el derecho y el deber de la desobediencia civil. Uno de los más famosos teólogos cristianos del siglo XX, Dietrich Bonhoeffer, conjurará activamente contra el gobierno de Hitler.

experiencia histórica acumulada y el conocimiento más científico de la realidad imposibilitan una visión ingenua de la sociedad en que se vive y de las autoridades que la moldean.

Es la herencia de Jesús y de los primeros cristianos. No se busca el poder civil, ni se lo combate sistemáticamente. Pero tampoco se le teme. Y se le enfrenta cuando así lo exige la fidelidad al Espíri-



En Medellín, la Iglesia latinoamericana verá "que América Latina se encuentra, en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada cuando por defecto de las estructuras de la empresa industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política,... poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, violándose así derechos fundamentales. Tal situación exige transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras" (Paz 16). La

tu de Jesús. "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres". El amor al prójimo está por encima de las determinaciones jurídicas. El servicio a los desposeídos puede cuestionar un sistema establecido históricamente.

Nuestras preferencias bíblicas descubrirán nuestros intereses. Los pasajes que busquemos revelarán si nos encontramos en la perspectiva de la coexistencia pacífica o en la de los primeros cristianos perseguidos por judíos y romanos, por las autoridades religiosas y civiles, por ser fieles al Evangelio del Reino, a la Buena Noticia para los pobres traída por Jesús. De aquel Jesús que dijo: Felices los perseguidos por causa de la justicia; porque de ellos es el Reino de Dios.

# LOS PRIMEROS CRISTIANOS Y LA MORAL

*"Vino nuevo en odres nuevos"*

Con estas palabras tomadas de los evangelios (Cf. Mt. 9,17 y prls.), nos referimos a algo que el cristiano vive como radical novedad: la libertad cristiana. "Vino nuevo" alude a la vida nueva que trae Jesús; "odres nuevos", recipientes de cuero para guardar el vino, simbolizan las leyes que recogen la vida nueva en régimen de libertad cristiana. Esta vida nueva en libertad cristiana supone liberación del hombre de toda ley, sobre todo religiosa, que no lo salva, en definitiva que lo oprime.

Los cristianos de la Iglesia primitiva vivieron la primera experiencia de una libertad liberada de una ley religiosa, que era la ley judía. Para entender correctamente toda la novedad de esta experiencia, habría que tomar en consideración las complejas relaciones que existen entre el cristianismo naciente y el judaísmo tardío. Una confrontación sería entre uno y otro mostraría que existen múltiples relaciones de semejanza y oposición entre ambos. Por eso no sorprenden las rivalidades latentes y manifiestas de cara a ciertas relaciones fronterizas.

El tema que estudiamos es tal vez el caso más central y vital. Los primeros cristianos procedían del judaísmo y constituyeron el judeocristianismo que se entiende como la forma de cristianismo primitivo que se sentía obligado en forma especial a las estructuras espirituales y sociales del judaísmo, particularmente del judaísmo tardío según la Ley.

En cambio, los judíos que vivían en medios helenistas o procedían del paganismo se sentían menos vinculados a la Ley judía, o simplemente no se sentían vinculados a ella. La historia de la Iglesia primitiva, en cuanto a este punto particular se refiere, nos muestra que la liberación de los cristianos frente a la Ley y la nueva concepción de libertad religiosa fueron origen de dolorosas fricciones y disensiones eclesíásticas.

Aunque el conocimiento pormenorizado de aquellas circunstancias puede resultar de interés bastante secundario para el cristiano de hoy, los elementos esenciales de aquella experiencia pueden resultar de mucho interés para todo cristiano que vive su

fe con la sensación de libertad oprimida por leyes civiles, pero sobre todo religiosas, que nacerían de una Iglesia que se la supone, a veces no sin razón, preocupada por asegurarse y asegurar una vida cristiana a base de leyes morales y disciplinares.

No nos proponemos estudiar la actitud del mismo Jesús ante la Ley judía, ante la Toráh que incluía, además de la ley mosaica, otras normas y costumbres que había ido recogiendo la tradición judía. Como es ya claro, nuestro interés se centra en los primeros pasos de la Iglesia naciente que se fue desprendiendo, poco a poco y no sin dolores, de todo aquello que los mismos judeocristianos habían vivido como el auténtico camino de salvación. Por lo tanto, se toman en consideración los datos neotestamentarios que nos proporcionan los escritos de Pablo, Santiago, Los Hechos de los Apóstoles y la carta a los Hebreos. Pablo, que era judío y había pertenecido a la clase de los fariseos, es el que más claramente afronta y resuelve el punto que nos interesa.



La materia se divide en tres puntos: 1. Odres viejos; 2. Vino nuevo; 3. Odres nuevos. Añadiremos algunas observaciones finales.

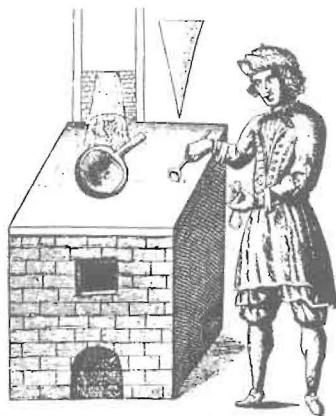
## ODRES VIEJOS

Llamamos "odres viejos" al conjunto de leyes, de las que los primeros cristianos se fueron separando progresivamente. La Ley por antonomasia es la legislación del Sinaí. La Toráh incluía, además de la ley mosaica, todas las leyes y costumbres que el pueblo judío consideraba la expresión de la sabiduría y voluntad divinas. Los judeocristianos habían sido formados en una gran veneración por la Toráh. La Ley era la palabra de Dios. El hombre podía relacionarse con Dios sólo a través de la Ley. La Toráh era para los rabinos lo que Cristo es para los cristianos. La Ley era, pues, considerada santa, y el que no la cumpliera era declarado pecador público.

En consecuencia, muchos cristianos, sobre todo judeocristianos, pensaban que se podía ser buen cristiano y buen cumplidor de la Ley. Más aún, era tal la estima que tenían de la Ley que la juzgaban necesaria para ser buen cristiano. No es fácil explicarse cómo entendieron estos primeros cristianos el ejemplo de Jesús, que ciertamente tuvo una actitud muy crítica ante la Ley y sus representantes.

Pero fue sobre todo Pablo quien con más claridad y energía abordó el problema de la Ley. El afirma categóricamente: los cristianos no están bajo la ley, sino bajo la gracia (Cf. Rom 6,14). Para llegar a esta conclusión, Pablo se pregunta: ¿Por qué, pues, la Ley? (Gal. 3,19). La argumentación que expone en sus cartas a los romanos y a los gálatas es polémica y audaz. Eso le mereció las mayores enemistades e incomprensiones, que en cierta manera todavía hoy perduran. Según el modo de explicarse de Pablo, la Ley fue como "niñera" o encargada de llevar al

niño al maestro (Gal. 3,24), pero es portadora no de vida, sino de muerte (Gal. 3,10 ss.), fue dada por causa de las transgresiones, no para disminuirlas o encauzarlas, sino para provocarlas (Gal 3,19). Esta Ley, que se refiere propiamente a la ley moral y no a normas culturales, es expresión positiva de la ley natural (Rom. 7,7). Sorprendentemente declara que esta ley es "*ley del pecado y de la muerte*" (Rom. 8,2), no porque la ley sea pecado, sino porque la fuerza maléfica del pecado se aprovechó hasta de una Ley santa para provocar el pecado. Por otra parte, constata Pablo que el pecador toma conciencia de su pecado sólo mediante la ley. Esta es la objetivación de la conciencia de pecado. Así, con la ley "revive" el pecado, pues sin ella no se tendría conciencia de pecado. El extraordinario poder maléfico del pecado se sirve de una cosa santa como la Ley para provocar nuevo pecado y muerte. (Cf. Rom. 3, 20; 7,7-14). En conclusión, la Ley sola es impotente para destruir en nosotros el poder del pecado y dar la vida nueva. Esta impotencia es inherente a toda ley moral y religiosa, no sólo a la Ley mosaica; es decir, es inherente a toda norma impuesta desde el "exterior" a la conciencia humana.



Por todo esto, San Pablo enseña que el cristiano ha sido liberado de todo "régimen

legal", pues sería ilusorio creer que le puede salvar al hombre de sus más profundas opresiones. La dimensión más profunda de la liberación aportada por Jesús no es la liberación del pecado y de la muerte, sino la liberación de la Ley, pues sin ésta, las otras no son posibles. Al liberarnos de la Ley, Jesús destruyó los "odres viejos", que eran impotentes para comunicarnos la nueva vida. No se trata de la liberación de un "legalismo", o de una absolutización de la observancia de la Ley, sino de la radical liberación de toda ley, que "desde fuera" tenga vanía pretensión de relacionarnos por sí sola con Dios. Ninguna ley, ninguna institución o estructura, civil o religiosa, tiene poder en sí para realmente "salvar" al hombre, para liberarlo de su "egoísmo fundamental" por el que el hombre, en lugar de entregarse a Dios y a los demás, se encierra en sí mismo, en su estructura de pecado.

## VINO NUEVO

Con lo dicho hasta aquí se puede fácilmente llegar a la conclusión de que el cristiano es un hombre sin ley, un ser que está más allá del bien y del mal. No es ésta, sin embargo, la conclusión central y legítima. Realmente el hombre no es libre mientras Jesús no le haya liberado del misterioso poder del pecado y de la muerte, y de la misma ley que no puede nunca dar libertad y vida. El hombre no ha sido liberado de una ley, santa y buena, pero impotente para dar la vida que pide ella misma, por otra ley. No ha habido sustitución de una ley por otra.

El VINO NUEVO es el ESPÍRITU de Jesucristo que nos es ofrecido y dado gratuitamente. Cristiano es solamente aquél que ha recibido el Espíritu de Jesús. Aunque se pueda seguir hablando de la ley del Espíritu, en realidad no se trata de una ley, tal vez mejor, pero de idéntica naturaleza. La ley ha sido sustituida por la Gracia, que es autodonación

del Espíritu de Jesús. Los primeros cristianos fueron entendiendo progresivamente que el Espíritu difiere radicalmente de toda ley, aunque sea expresión de la voluntad de Dios. El Espíritu no es una norma de acción exterior, sino un nuevo dinamismo interior, que ninguna ley como tal puede llegar a ser. El cristiano, animado por el Espíritu, es capaz de "caminar según el Espíritu"; es decir, en conformidad con lo que la Ley antigua, también "espiritual", exigía en vano (Rom. 8,4).

Una consecuencia fundamental es que la moral cristiana se reduce substancialmente al amor animado por el Espíritu: la caridad es la ley en su plenitud (Rom. 13, 8-10; Gal. 5,4). Este amor no es una norma de conducta, sino una fuerza, un dinamismo nuevo. El cristiano, animado por el Espíritu, puede a la vez estar libre de toda ley exterior, no estar "bajo la ley", y llevar, sin embargo, una vida perfectamente moral (Gal. 5,16). Así el cristiano, sin necesidad de una ley que le obligue desde fuera, si está realmente animado por el Espíritu, procede moralmente como hijo de Dios.

Desde nuestra mentalidad moderna, positivista y científica, tenemos el enorme peligro de no comprender el lenguaje "teológico" de la Iglesia primitiva. Expresiones como pecado, gracia, Espíritu, etc... pueden parecernos cuestiones mitológicas que no tienen ninguna relación con el mundo real que el hombre vive. Sin embargo, esas expresiones aluden a realidades existenciales nuestras, pero que sólo conocemos por revelación. En concreto, el Espíritu de Jesús, en el corazón del cristiano, es una fuerza, una vida, un impulso que se expresa en un clamor que llama Padre a Dios, y Hermano a Jesús y a los hombres. Este Espíritu es un nuevo amor, una nueva "alma" en el cristiano. Cristiano es el que está animado por este Espíritu, y el que no lo tiene, no es cristiano. Sólo este Espíritu salva y libera al hombre de sus radicales opresiones.



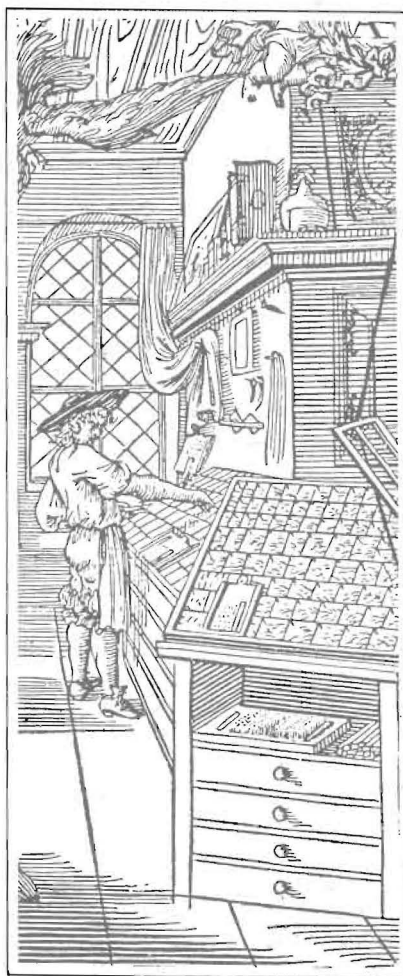
## ODRES NUEVOS

Hemos visto que el cristiano ha sido liberado del régimen legal, de los "odres viejos", pues éstos eran impotentes para salvar al hombre. Al cristiano le ha sido dado el Espíritu de Jesús, "vino nuevo", que lo salva y lo vivifica. La antigua Ley ha sido sustituida por el Espíritu de Jesús. ¿Por qué, entonces, se ha hecho poco a poco un nuevo código de leyes cristianas? Ya en la Iglesia primitiva del tiempo de los apóstoles constatamos la existencia de leyes y normas cristianas. El mismo Pablo dió algunas. De hecho y muchas veces, cuando hablamos de ley nueva, cristiana, en oposición a la antigua, ¿no entendemos primariamente un nuevo código de leyes cristianas?

Una vez más tenemos que afirmar que por ley nueva, por "odre nuevo", entendemos, primariamente, la ley del Espíritu de Jesús. Sólo secundariamente y en dependencia del Espíritu, las leyes cristianas pueden llamarse "odres nuevos". Aun las enseñanzas de la fe y los preceptos morales contenidos en el Nuevo Testamento, si no nacieran y dependieran del Espíritu, no salvarían y liberarían más que las leyes contenidas en la Toráh. Sin el Espíritu de Jesús, las mismas leyes evangélicas son impotentes para liberarnos. Más aún, sin el Espíritu de Jesús, toda ley, aun la evangélica, "mata", pues "la letra mata" (2 Cor. 3,6). Así comenta San Agustín: por la palabra "letra" hemos de entender toda ley exterior al hombre, incluso los preceptos de la moral evangélica.

Con todo, si toda ley, aun la evangélica, ha de considerarse como algo secundario con respecto al Espíritu de Jesús, eso no quiere decir que las leyes, sobre todo evangélicas, inspiradas y nacidas del Espíritu de Jesús no sean a veces necesarias y siempre muy útiles.

Pablo afirma que "la ley no ha sido dada para los justos, sino para los pecadores" (1 Tim. 1,9). Es decir, el cristiano que no procede animado y movido por el Espíritu de Jesús, tiene necesidad de la ley cristiana.



En cambio, si todos los cristianos procediesen movidos por el Espíritu de Jesús, no habría necesidad de obligarles con leyes. Aun la Iglesia de los primeros cristianos ha sentido la necesidad de ayudar con leyes a los que no procedían movidos por el Espíritu. El que experimenta las exigencias nacidas del



Espíritu que le anima, cumplirá el precepto sin preocuparse de él, siempre que el precepto sea según el Espíritu. En cambio, el día en que la exigencia interior deje de hacerse sentir, allí estará la ley para obligarle y recordarle que ha dejado de estar animado por el Espíritu de Jesús. Para este cristiano la ley ejercerá el mismo papel que la Toráh para el judío. La ley se convierte en un "pedagogo" que conduce a Cristo, no solamente supliendo de alguna manera la luz que el Espíritu no le proporciona ya, sino sobre todo haciéndole tomar conciencia de su estado de pecador, es decir, de un hombre que ha dejado de ser animado por el Espíritu. Esta toma de conciencia consiste en el primer paso para la conversión.

Pero la ley cristiana, evangélica y eclesial, es también útil para los cristianos que viven animados por el Espíritu de Jesús. El cristiano, animado por el Espíritu, mientras viva en este mundo y en cuerpo mortal, nunca está tan libre del imperio del pecado. En este estado inestable, atraído y acosado por el poder del mal, la ley escrita, exterior, norma objetiva de conducta moral, ayudará a su conciencia a discernir mejor los caminos del Espíritu. Por eso, los mismos Apóstoles no estimaron superfluo recordar al cristiano lo que el Espíritu inspira al hombre para regular su vida moral.

Algunas observaciones finales. No cabe duda que el tema tratado tiene un puesto central dentro del proceso histórico que llevó a la Iglesia primitiva a separarse del judaísmo, de donde muchos cristianos procedían. La novedad del cristianismo, "vino nuevo", no podía encerrarse en los odres, en los moldes religiosos del judaísmo. La Toráh, que era el corazón y lo más sagrado de la religión judía, no tenía la fuerza liberadora del Espíritu que Jesús derramaría en los corazones de los hombres. Tanto Jesús como los primeros cristianos no rechazaron sólo el legalismo de los representantes de la Ley, sino que rechazaron la misma Ley, santa y

sagrada por muchas razones, pero en el fondo incapaz de comunicar la Vida Nueva que nos hace hijos de Dios. Este rechazo de la Ley era, por otra parte, el modo misterioso de llevarla a su plenitud de cumplimiento.

A la luz de este ejemplo histórico, los cristianos de hoy debemos evitar un posible doble error: primero, el error teológico de creer que las leyes cristianas, evangélicas y/o eclesiásticas, tienen poder salvífico independientemente del Espíritu de Jesús. Toda ley que no sea expresión del Espíritu de Jesús que sigue actuando en el presente no es salvadora. Este error podría esconderse en la tendencia a multiplicar leyes que no tuvieran esa relación necesaria con el Espíritu de Jesús. El hombre tiende fácilmente a asegurarse frente a Dios con leyes que le garanticen y lo justifiquen en virtud de la misma observancia de la ley. También cabe un segundo error: aun habiendo evitado ese error teológico, se puede caer en otro que consistiría en hacer leyes que ni siquiera pudieran cumplir la función de "pedagogo" que conduce al hombre hacia el Espíritu de Jesús. La excesiva multiplicación de normas preceptos, etc, morales y culturales, podrían agobiar con su peso y no permitir tomar conciencia de la propia situación de pecado y lejanía de Dios.

Pero también es necesario afirmar claramente que cierto código de leyes fue necesario a la Iglesia primitiva para que los cristianos pudieran vivir más plenamente el Espíritu de Jesús. Y esto mismo hay que decir de la Iglesia de hoy. Una sensibilidad intolerante de todo lo que suene a leyes y normas no se puede suponer fácilmente que provenga del Espíritu. Con todo, aquella primera experiencia nos enseña que la ley es siempre secundaria y posterior al Espíritu que recrea la novedad de una vida nueva en nuestros corazones. Las leyes cristianas

deben nacer del Espíritu, y no lo contrario. El Espíritu invita y mueve al seguimiento de Jesús, y su vida fue conducida por el Espíritu. La fidelidad se debe, primariamente, al Espíritu de Je-

sús y no a las leyes que siguen siendo secundarias para el cristiano. (Ver especialmente: I. de la Potterie - S. Lyonnet: *la vida según el Espíritu*. Sígueme, 1967, Salamanca).

## ESTRUCTURAS DE LA IGLESIA

Ya cuando Jesús hablaba sobre el Reino de Dios sus seguidores tendían a interpretarlo mal. Parecían concebir el Reino en el sentido más literal. Jesús sería entonces un nuevo David, y los apóstoles constituirían un grupo de consejeros y ministros. Los evangelios narran con cándida sinceridad estas ambiciones. "Concedéndonos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda" le piden a Jesús los hijos de Zebedeo. Al oírlo los otros diez se indignan no porque estén en desacuerdo con la concepción del Reino de Dios que esa petición lleva consigo, sino porque cada uno en lo secreto de su corazón esperaba también ocupar ese puesto.

En otra ocasión Jesús debió notar que los suyos estaban muy acalorados pues al llegar a casa les preguntó: "¿De qué discutían por el camino? Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más grande" (Marcos 9.33-34). Más de una vez aparecen también los discípulos entusiasmando a la multitud para que proclame a Jesús como Rey. Naturalmente en estas maniobras había algo más que admiración por el maestro. Si Jesús subía, ellos tenían el puesto asegurado.

A todos estos intentos de manipular su mensaje y su misión Jesús responde categóricamente que entre ellos no hay ningún primero. Más aún; les presenta un estilo de gobierno en contraste total con el poder civil. "Los que figuran como jefes de los pueblos los tiranizan, y los grandes los oprimen, pero no ha de ser así entre ustedes; al contrario, el que quiera subir que sea servidor, y el que quiera ser primero que sea esclavo de todos".

En tiempo pues de Jesús, no existía la carrera eclesiástica. Seguir a Jesús no daba ninguna posibilidad de ascenso. Si él eligió a doce no fue para que luego éstos se consti-

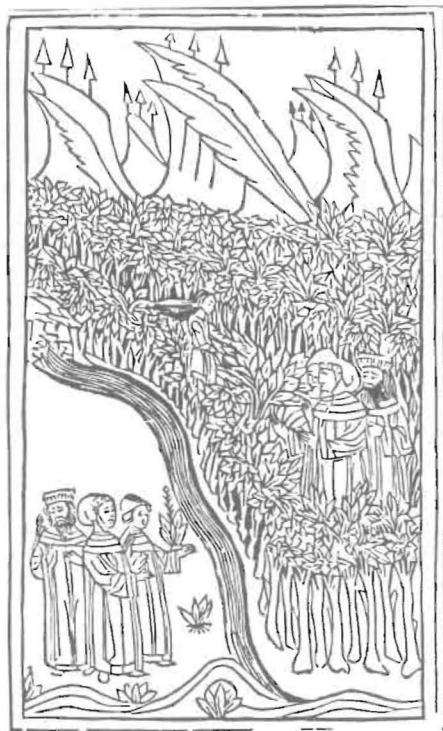
tuyeran en dueños de la fe en Jesús, sino para que se distinguieran en el servicio y en la persecución. Seguir a Jesús era un compromiso que rompía muchos planes y ambiciones. Los honores se alcanzaban fuera del círculo de los seguidores de Jesús.

### LA BASE AL PODER

Así continuaron las cosas por un tiempo en la Iglesia primitiva. Jesús había venido precisamente a trastocar la jerarquización de la religión judía. Frente a los sacerdotes, escribas y fariseos que se constituían en bene-



ficiarios del servicio divino, y en explotadores y usufructuarios del pueblo a cuenta de su rango dentro de la sinagoga, Jesús presenta un nuevo orden. El acusa a los pastores de haberse aprovechado de la credulidad del pueblo sencillo para mejorar su situación, de haber atormentado a los fieles con leyes inútiles que ni ellos mismos cumplían, de haber abandonado su misión de servicio por dedicarse a las argucias legales, al ajusticiamiento y persecución de los profetas y al recuento de sus alcancías. No iba a ser así entre los cristianos.



Es importante señalar que Jesús está volviendo con eso a los orígenes más idealistas de la religión judía. Leyendo el Antiguo Testamento se percibe que la organización jerárquica del tiempo de Jesús es una desviación de unos principios fuertemente democráticos e igualitarios. En la antigüedad, por ejemplo, el padre de familia era también

el representante religioso que ofrecía los sacrificios y presidía en los festivales litúrgicos. Cuando la organización social se hizo más compleja y aparece el rey como nuevo tipo de representante civil es éste también el que en nombre del pueblo se presenta ante Yahweh. Con el tiempo, sin embargo, va apareciendo insensiblemente una casta levítica y sacerdotal que acapara poco a poco todas las funciones religiosas y se constituye en intermediaria única entre Dios y su pueblo. La maniobra resulta muy difícil de reconocer porque la mano del sacerdote es también la última que interviene en la compilación de los cinco primeros libros de la Biblia (el Pentateuco) que narran los orígenes de Israel. Esta mano, con procedimientos literarios que hoy nos parecerían fraudulentos pero que en aquel tiempo eran culturalmente justificados, fue retocando episodios antiguos y añadiendo acontecimientos nuevos de forma que pareciera que la división entre sacerdote y laico había sido establecida por Dios desde el principio.

Jesús y los primeros cristianos vuelven por lo tanto a las fuentes más auténticas de su propia religión judía cuando dicen: *"Ustedes (todos sin distinción) son linaje elegido, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo adquirido por Dios, para publicar las proezas del que los llamó de las tinieblas a su maravillosa luz"* (1 Pedro 2.9).

Claro que en un primer momento los apóstoles gozan de una estima especial en la comunidad, y su voz tiene una autoridad singular. Pero esto no se debe a ninguna jerarquización religiosa, sino a una simple medida de prudencia humana. Ellos son los que acompañaron a Jesús y los que proclamaron su mensaje. Se constituyen por tanto en un punto de referencia de primera calidad ya que son los únicos testigos presenciales de los que todos los demás han recibido.

Dentro de este grupo de seguidores parece que hubo pronto también una cierta jerarquización natural. En un principio este



liderazgo estuvo dividido. Por los relatos de Pablo parece que los partidos principales eran el de Santiago, jefe de la Iglesia de Jerusalén (que no era ninguno de los dos apóstolos con ese nombre sino uno de los discípulos parientes de Jesús) y Pedro.

Santiago aparece antes que Cefas (Pedro) en una de las enumeraciones de Pablo (Gálatas 2.9) y es constantemente uno de los puntos de referencia cuando éste sube a Jerusalén (Hechos 21.18; Gálatas 1.19). El parece haber sido el presidente del Concilio de Jerusalén en el año 50 (Hechos 15) y el mismo Pedro parece tenerle especial consideración y hasta llega a cambiar de actitud por respeto a él (Hechos 12.17; Gálatas 2.12) cosa que el mismo Pablo le echará en cara.

Sin embargo las circunstancias jugaban a favor de Pedro. Este parecía ser el líder indiscutible de los doce, y representaba una línea mucho más abierta que la de Santiago. Con la muerte de este último y la destrucción de Jerusalén el partido judío perdió toda su influencia. Para entonces la Iglesia madre había pasado a ser la de Roma, y era allí donde había muerto Pedro después de presidirla durante unos años... Como había ocurrido con la mano sacerdotal en los primeros libros del Antiguo Testamento, también aquí una nueva mano retocó determinados pasajes del evangelio de forma que la preeminencia de Pedro quedara acentuada con una claridad que en realidad no tuvo (Compárese por ejemplo el relato de Mc 8.27-30 con el de Mateo 16.13-20).

## HACIA EL CENTRALISMO

En todo caso pronto llegó la segunda generación que ya no conocía a Jesús. Aun en el tiempo de la primera generación los círculos a los que podían llegar directamente los apóstoles eran naturalmente muy reducidos. No hay que olvidar que Pablo mismo,

uno de los que más contribuyó a extender el cristianismo fuera de las fronteras de Israel, no conocía personalmente a Jesús. Por lo tanto el tipo de organización tuvo necesariamente que cambiar. Ya no había en este caso autoridades indiscutibles.

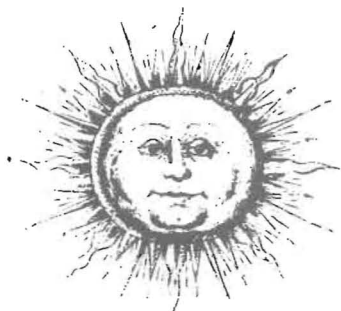
El caso más evidente aparece en las mismas cartas de Pablo. Por ellas vemos las dificultades constantes que éste encontró para poder mantener su autoridad. Hasta en las comunidades creadas por él se filtraban más tarde puntos de vista diferentes sobre el cristianismo —sobre todo de círculos pro-judíos— que le discutían el derecho a constituirse portavoz del evangelio. De todas formas, mediante cartas, emisarios y partidarios internos Pablo logró imponer su estilo en gran parte de las iglesias primitivas.

Allí fue donde creó un tipo de organización que se adaptara a la nueva situación. La mayoría de estas comunidades provenían de religiones distintas de la judía y por tanto no tenía sentido apoyarse en el tipo de organización judío para mantener el orden y la administración. Las circunstancias exigían modelos nuevos.

Si nos fijamos en la comunidad de Corinto, que por la categoría de la ciudad misma era uno de los centros más importantes de la cristiandad, vemos que han quedado *"establecidos algunos en primer lugar como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego hay milagros, luego dones de curar, asistencias, funciones directivas, diferentes lenguas"* (1 Cor 12.28-31). En otras comunidades de constitución menos carismática los oficios relacionados con estas manifestaciones cobran menos importancia. Así tenemos otra lista en las que se nos habla de *"apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros"* (Efesios 4.11).

No siempre resulta fácil captar en qué se distinguía y por qué se caracterizaba cada uno de estos ministerios. Sí podríamos distinguir como tres grupos diferentes. El pri-

mero tendría un contacto privilegiado con la fuente de la revelación a la que conocería personalmente (apóstol) o por comunicaciones extraordinarias (profeta). El profeta, por tanto, sería una persona particularmente perspicaz para reconocer la mano de Dios en los acontecimientos del momento y para orientar a la comunidad en las circunstancias imprevistas que le estaba tocando abordar. Un segundo grupo de encargados se dedicaría principalmente a una evangelización organizada; estaría constituido por los evangelistas y los maestros o doctores. Por fin un tercer grupo se cuidaría de los aspectos más externos de la comunidad: servicio a los necesitados, presidencia del culto, administración.



Así como en la futura constitución del poder civil va a tener gran importancia la separación e independencia del ejecutivo, legislativo y judicial, en estos primeros años de la Iglesia esta división de ministerios ayuda a un reparto más equitativo de las cargas y evita un acaparamiento oligárquico de los puestos de responsabilidad. Si una misma persona se constituyera a sí misma como apóstol, evangelista, presidente del culto y administrador, por ejemplo, no desempeñaría bien ninguna de sus funciones y, lo que es peor, impediría el que otros las desempeñaran en su lugar.

Dentro de estas funciones hay dos que casi pasan desapercibidas en un primer momento, pero que luego van a adquirir una importancia capital en el futuro desarrollo de la

Iglesia. La primera es la de anciano (en griego "presbítero"). El nombre parece venir de los setenta ancianos que ayudaron a Moisés en la organización del pueblo de Israel durante su travesía por el desierto (Números 11). En las costumbres de los antiguos pueblos nómadas la edad era una señal indiscutida de experiencia y autoridad. Probablemente para el tiempo de Pablo este detalle no tenía tanta importancia, pero se conservó el nombre por las reminiscencias bíblicas que contenía. Otro oficio aún más importante era el de supervisor (en griego "episkopos" que pasa al castellano como "obispo"). Este era una especie de inspector general, y pronto pareció convertirse en representante directo del apóstol e instancia última en los problemas que pudieran surgir en cada Iglesia.

En un principio dichas funciones no tenían una relación directa con el culto litúrgico. Expresamente se había evitado el nombrar sacerdotes en la comunidad, puesto que el único sacerdote era Jesucristo y todos los cristianos participaban de un común sacerdocio.

Sin embargo, la centralización no se hizo esperar. Ya en las cartas de Pablo a los Corintios se ve cómo éste tiene que hacer frente a diversos problemas imponiendo un orden más estricto en las celebraciones comunitarias. La espontaneidad va cediendo paso poco a poco a la eficacia. Al aumentar el número de fieles la tendencia era inevitable. Había que velar para que no se infiltraran doctrinas extrañas. Era preciso unificar criterios y costumbres. Esto exigía una red constante de comunicaciones mutuas y una estructura jerarquizada, sumisa y eficiente.

Respecto a la unidad de criterios Pablo había sido siempre escrupulosamente fiel. A pesar de tener que inventar continuamente soluciones nuevas para problemas imprevistos, tiene cuidado de conferir una y otra vez sus puntos de vista con "las columnas de la Iglesia" que están en Jerusalén. El mismo por su parte, escribe numerosas cartas a las



diversas comunidades que le reconocen como guía para conservar esta unidad. Sin embargo esto no mató todavía la creatividad.

La situación da un vuelco repentino unos años después cuando los apóstoles o han desaparecido o están en peligro de hacerlo. Basta leer las llamadas Cartas Pastorales para captar cómo se cierran las filas y se truecan los énfasis. Hasta entonces las cartas iban dirigidas a comunidades; aquí comienzan a dirigirse a personas responsables (Timoteo y Tito) que luego comunicarán las instrucciones. La preocupación fundamental pasa a ser la constitución y continuación de los ministerios: obispos, presbíteros, diáconos; se insiste obsesivamente en cuestiones de tradición y sucesión; se pone como función capital el mantenimiento de la ortodoxia; se acentúan los rasgos estáticos y pasivos; el simple fiel pasa a la penumbra y se convierte en un menor al que hay que enseñar, mandar, vigilar.

Estos rasgos, que comienzan a asomarse ya como una peligrosa desviación de la imagen primitiva van a adquirir pronto el carácter de adquisiciones inmutables. Para el s. II la división de la Iglesia en miembros activos y pasivos, y la sucesiva centralización y acaparamiento de cargos y funciones va a hacerse irrefrenable. Cada paso dado en esta dirección hace más fácil el paso sucesivo. Al principio habrá ciertos conatos de protesta, como cuando la comunidad de Corinto se amotina y expulsa a varios presbíteros de su iglesia. Pero la reprimenda no tarda en llegar. Clemente, Obispo de Roma, les escribe una dura carta en la que les recomienda la humildad, la sumisión y la obediencia. Pocos años después Ignacio de Antioquía podrá decir "es evidente que hemos de mirar al Obispo como al mismo Señor" sin que nadie se moleste en discutirlo.

## EN BUSQUEDA

Al terminar este breve recorrido nos salen al paso algunas consideraciones. No cabe duda de que toda institución necesita una cierta organización. No todos los miembros pueden tener las mismas funciones. Más aún; si la comunidad quiere conservar pura su referencia a Jesucristo necesitará incluso mecanismos que posibiliten la defensa de sus principios contra quienes desde dentro o desde fuera los quieran desfigurar. El carisma y la institución, por lo tanto, mantienen una relación dialéctica dentro de la Iglesia; uno y otro se necesitan mutuamente.



Es asimismo inevitable que al aumentar el número de los cristianos aumente proporcionalmente la burocratización y el anonimato en la dirección de la iglesia. La manera de dirigir una familia y una nación son necesariamente diferentes.

Sin embargo hay que reconocer en cada momento de la historia la relatividad de las estructuras con las que se organiza una institución. Lo realmente inadmisibles sería consagrar las estructuras de una época como queridas por Dios para todos los momentos sucesivos. El poder eclesial ha caído más de una vez en la tentación de ideologizar su situación dándole unos aires de intocabilidad que le son totalmente extraños.



Además, si la tendencia de toda institución en crecimiento se dirige a la centralización, lo más obvio será que el esfuerzo de sus miembros vaya en la dirección contraria. Más que reforzar unos rasgos que se fortalecen por sí mismos, habrá que buscar modos de agilizarlos, suavizarlos y contrarrestarlos.

Por fin, el reto dejado por Cristo a su Iglesia es encontrar unos modelos de organización y autoridad que sean ejemplos creati-

vos para una convivencia justa y pacífica entre los hombres. En vez de copiar en su interior los estilos de gobierno de la sociedad civil, debería encontrar modelos inspiradores para un mundo nuevo. Cuando la Iglesia no sólo no hace esto sino que se estanca en estilos absolutistas de gobierno que hasta la misma sociedad civil ha abandonado hace siglos como anticuados, la urgencia de buscar nuevos caminos es mayor. Para esto podría ayudar no poco el releer el evangelio.

## CONCLUSION

Había pasado apenas una generación y ya la Iglesia miraba atrás con nostalgia. Aquellos primeros años de entusiasmo juvenil quedaban atrás para siempre. Muchas de las máximas más idealistas de Jesús quedaron como reflejo de un tiempo en que se creía que las cosas iban a ser más fáciles, y como estímulo hacia un futuro por alcanzar.

"No anden agobiados por la vida pensando qué van a comer o qué van a beber. Ya sabe su Padre del cielo que tienen necesidad de todo eso", había dicho Jesús. Pero los primeros intentos de posesión común les habían llevado a la bancarrota por falta de previsión por el mañana.

"Me han enviado sólo para las ovejas descarriadas de Israel". Pero ahí estaba esa Iglesia de pocos judíos y muchos forasteros, donde los helenistas que al principio pedían un puesto en la comunidad habían terminado por dominarla. "¿Habrá Dios desechado a su pueblo?"

"No tengan miedo de los que matan el cuerpo pero no pueden matar la vida". Pero ahí estaba Jerusalén arrasada hasta sus cimientos. El grupo no podía estar toda la vida dejándose matar. Había que pactar de alguna manera con el poder civil. Aun así, como lo demostraba la experiencia de Pablo, habría que ingeniárselas para sobrevivir.

"Si el Hijo les da la libertad serán realmente libres". Pero ya empezaban a decir que aquello no podía seguir así. Hacían falta regulaciones y leyes para defenderse de la disgregación y la anarquía. "Que su sumisión sea completa", acaba diciendo Pablo.

"El que quiera subir sea su servidor, y el que quiera ser el primero sea esclavo de todos". Pero la jerarquización se había introducido calladamente en la comunidad hasta correr el peligro de anularla.

Pero no todo es decadencia. La madurez, al relativizar algunas de las formulaciones más utópicas en los proyectos de juventud los ha hecho también más sólidos y consistentes.

Aquel pequeño grupo asustadizo nacido en Jerusalén, ha sobrevivido a la ruina de su propia nación y se ha introducido agresivamente en los más apartados rincones del Imperio. La secta despreciada por los historiadores oficiales de la corte, ha crecido hasta sacudir sus instituciones más intocables. Frente a la religión del poder civil se alza retadora la fe en un subversivo, crucificado por los subordinados del César Augusto. Frente al dominio omnipotente de una nación que debe su grandeza a la invasión y destrucción implacable de sus vecinos, se alza entre los esclavos un camino demoledor de las barreras de clase, que penetra hasta las mansiones patricias de la Urbe. Frente a la corrupción de un sistema regido por emperadores degenerados surge desde la base un clamor de denuncia apoyado por un estilo de vida austero y vigoroso.

Los cristianos comienzan a ser un grupo molesto. La historia de Jesús se repite en nuevas coordenadas. Los escribas aguzan sus argumentos casuísticos para acusar de falaz al camino de Jesús, y los esbirros preparan sus campañas para aniquilarlo.

La Iglesia pisa el umbral de una nueva era. Ha sonado la hora de los Apologetas y los Mártires.

